

# Capítulo 1

Ambos santos, Pedro y Pablo, conocieron terribles persecuciones. San Pedro fue encarcelado tres veces, y San Pablo en su segunda carta a los Corintios nos cuenta cómo había sido golpeado con palos y látigos, recibido latigazos, y también había sido apedreado. Esta persecución no se había dirigido sólo contra ellos, pues en los Hechos leemos cómo los santos Esteban y Santiago fueron también asesinados por profesar el nombre de cristianos. Y todavía hoy, muchos hombres y mujeres son asesinados; muchos hombres y mujeres son tratados tan mal por llevar el nombre de cristianos; por creer que Jesús es el Hijo de Dios, que murió por todos los pecadores, y luego resucitó de entre los muertos, para no volver a morir y que ahora reina en el cielo.

Debemos preguntarnos por qué, ¿por qué tantos hombres y mujeres creen de verdad que Jesús es el Hijo de Dios, que murió y resucitó? Pues bien, tanto San Pedro como San Pablo tienen un papel muy importante que desempeñar en esto. San Pedro siguió a Jesús durante sus tres años de ministerio, cuando Jesús enseñaba y hacía tantos milagros. San Pedro fue también uno de los primeros en ver a Jesús después de que resucitara de entre los muertos. Así que San Pedro vio a Jesús como nosotros nos vemos hoy, después de que resucitó de entre los muertos. San Pedro también vio la Transfiguración de Jesús - cuando Jesús brilló con un resplandor mucho mayor que el del sol - y San Pedro también recibió el

Espíritu Santo en Pentecostés, que le dio a él y a todos los Apóstoles, a los demás discípulos y a todos los que estuvieron presentes en este gran acontecimiento, una fuerza, una alegría, una paz, que descendió directamente del cielo. Así, San Pedro estaría verdaderamente dispuesto a morir por la fe - y fue crucificado cabeza abajo - porque Jesús es "el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Por decir esto, San Pedro recibió la autoridad para enseñar a la Iglesia y al mundo quién es Jesús. San Pablo solía organizar el arresto de cristianos para encarcelarlos y matarlos, pero cuando Jesús se le apareció en su gloria desde el cielo, San Pablo nunca más volvió a ser el mismo. San Pablo, cuando se encontró con Jesús, resucitado de entre los muertos ahora en el cielo, quedó ciego por la luz del cielo. Y después de tres días de haber sido curado por el Espíritu Santo - el Espíritu Santo que llena a los cristianos de vida divina - San Pablo pasaría el resto de su vida terrenal total y completamente dedicado a enseñar, a predicar, a compartir con cada persona que conociera que Jesús es el Hijo eterno de Dios, que resucitó victorioso de entre los muertos, y que nada podrá jamás quitarnos. San Pablo consideraba cualquier dificultad o persecución como nada en comparación con la gloria y santidad de Jesús.

Así que hoy recordamos a dos grandes Apóstoles, dos grandes Santos valientes, que no fueron detenidos por ninguna persecución para decir al mundo, que Jesús es el Hijo eterno resucitado y Dios, y que enseñarían esta verdad salvadora a cualquiera. Por eso pedimos a Dios todopoderoso que nos haga partícipes de algunos

de sus grandes corajes y conduzca a otros con nuestro estilo de vida a Jesús, que es el Camino a la vida eterna, el Camino al cielo. San Pedro y San Pablo vivieron y enseñaron que Jesús es el Señor, hagamos nosotros lo mismo.

## Capítulo 2

La oración después de la Comunión, al final de esta santa Misa, tiene estas palabras: "para que, glorificándonos en la obediencia a los mandatos de Cristo, Rey del universo, vivamos eternamente con Él en su reino celestial". Las palabras "glorificándonos en la obediencia" son poderosas. ¿Qué pueden significar estas palabras en relación con Cristo, Rey del Universo?

Fue en 1925 cuando el Papa Pío XI instituyó la fiesta de Cristo Rey, y fue el Papa San Pablo VI quien lo elevó en 1969, a Solemnidad, fortaleciendo el nombre a Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo. Al inaugurar la Fiesta, el Papa Pío XI lo hizo en respuesta a las secuelas de la Primera Guerra Mundial. Inglaterra y Europa continental aún se tambaleaban tras la Primera Guerra Mundial; la dinastía Romanov había sido derrocada en Rusia; los jefes de estado coronados y las monarquías se enfrentaban a una nueva era de sistemas políticos, y el Tratado de Versalles había acordado condiciones paralizantes para Alemania.

Para muchos fue una época de desamparo, había una profunda miseria entre las naciones y la gente esperaba que los nuevos líderes trajeran una nueva esperanza sin Dios. El Papa Pío XI vio su papado como una llamada a traer la paz y el reinado de Jesucristo a un mundo tan profundamente herido y fragmentado por el pecado. En

1925 se celebró también el 1600 aniversario del Concilio de Nicea en 325. Fue en ese Concilio donde se declaró definitivamente que Jesús era homoousion de una sola sustancia, con el Padre; consustancial con el Padre, como decimos en el Credo de Nicea cada domingo.

En la lectura de hoy, de San Pablo se subraya esta verdadera comprensión de Jesús como Dios pleno. San Pablo enseña que, por medio del Hijo, fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra. Así, ninguna partícula física, ningún átomo, ninguna célula, ningún espíritu inmaterial, tiene vida si no es a través del Hijo. San Pablo amplía esta enseñanza diciendo que todo fue creado para Él, para Jesucristo.

Así pues, Jesucristo es la fuente y la finalidad de todo lo visible y de todo lo invisible, como enseña San Pablo; todo el universo es por y para Jesús. La majestad eterna de Jesús se ve en su completo dominio sobre la naturaleza: Es capaz de curar cualquier enfermedad; es capaz de someter a los elementos; es capaz de leer las mentes y los corazones de todos; el profeta Isaías profetiza que el Mesías será maravilloso Consejero, Dios todopoderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz; Jesús mismo habla de sí mismo como conocedor de Abraham y refiriéndose a sí mismo como el gran YO SOY, el nombre con el que el Señor se llamó a sí mismo en la zarza ardiente con Moisés. La Resurrección es la firma de Su Realeza

eterna.

Sí, Jesús es el Rey del Universo. ¿Y cómo decide ejercer, revelar Su soberanía? Entra en nuestro reino, en el universo, y hace las paces con el Padre muriendo en la Cruz. Él, a través de Quien cada partícula es creada, toma carne de la Santísima Siempre Virgen María y muere, como el eterno expiador del pecado, por cada persona humana en toda la historia, en la Cruz. Así actúa el Rey del Universo. Viene a salvar. Podía haber venido de otra manera, pero vino para enseñarnos a vivir y a amar. El verdadero amor es hacer lo que es el bien absoluto, el bien total para el otro.

En el Evangelio, Jesús, el Hijo eterno, es tentado por los dirigentes, los soldados y los criminales crucificados para que "se salve a sí mismo", para que se ponga a sí mismo en primer lugar. Ellos están ciegos a las profecías del que será sacrificado por la salvación de muchos. Están ciegos ante la compasión, el perdón y la paz de Jesús, a través de los cuales Dios Padre anhela sanar y reconciliar consigo a toda la familia humana.

En la primera lectura, los hijos de Israel declaran que son carne y sangre del rey David, su pastor; pero nosotros, por la efusión del Espíritu Santo sobre el pan y el vino en el altar del Señor, nos convertimos en una sola Carne y Sangre con el Buen Pastor eterno, Jesucristo. Al consumir su Cuerpo y su Sangre, al estar llenos del

Espíritu Santo, recibimos la gracia de rechazar con valentía los caminos del pecado y de glorificar en la obediencia al Rey Pastor. En esta solemnidad de nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo, volvamos a consagrarnos a Él, para servirle viviendo en su gracia, reconociendo honestamente los momentos en que elegimos otras cosas en lugar del Rey; para que vivamos glorificando obediencia a sus mandatos, aprendiendo a amar como Él nos ama: es el único camino al cielo.

## Capítulo 3

La limosna, la oración y el ayuno son las tres grandes herramientas para vivir una Cuaresma santa. La Cuaresma es una peregrinación, durante la cual nos preparamos para recibir la santidad de Jesús en la Pascua, tras su sacrificio pascual en la Cruz y su resurrección de la tumba por nosotros.

La Cuaresma tiene sus propias gracias especiales para ayudarnos a crecer en santidad. No las desaprovechemos. Jesús, en el Evangelio del Miércoles de Ceniza, nos manda a cada uno de nosotros seguir estos tres caminos: dar limosna, orar y ayunar. Recordad que Jesucristo dice "cuando" los practiquemos, no se trata de si los practicamos, sino de cuándo los practicamos. Las lecturas de hoy nos enseñan por qué son tan importantes la limosna, la oración y el ayuno.

La primera lectura del Génesis describe la Caída, el primer pecado humano de la historia. Este pecado hirió a toda la familia humana y revela por qué es necesaria la gracia del Señor resucitado, como explica San Pablo a los Romanos, para lavar este pecado.

Génesis nos da los tres elementos que condujeron al pecado de Adán y Eva. Se nos dice que todos los árboles del jardín sagrado eran atractivos a la vista; que eran buenos para comer; y que el árbol de la ciencia del bien y del mal estaba en el centro del jardín sagrado. Dios, nuestro Señor, había dicho al marido y a la mujer

que no comieran del árbol del centro del jardín, todos los demás árboles estaban disponibles para ellos. La mujer, después de haber sido engañada por la serpiente, y comenzando a poner su corazón en lo que estaba prohibido, se mueve de tres maneras para pecar. Primero, se da cuenta de lo agradable que es ese árbol a sus ojos; segundo, intuye que las manzanas serán tan deliciosas; y tercero, elige negar la verdadera autoridad y sabiduría que el Dios eterno tiene sobre nosotros y rompe los lazos de confianza y obediencia, que sólo son correctos y justos en la relación íntima entre el Creador y la criatura.

Así que estas tres áreas: las cosas que parecen buenas, las cosas que saben maravillosas, y el orgullo y la arrogancia están en el corazón del pecado original de la mujer y su marido.

Viajemos ahora, en la historia, al tiempo de nuestro Señor y Salvador en el desierto. Jesús es conducido a otro tipo de jardín, un jardín herido por el pecado, ahora llamado desierto. Y el Hijo de Dios se encuentra con la misma serpiente, el diablo. Podemos, por un momento, detenernos y considerar la total y repugnante arrogancia del diablo que se atreve incluso tentar al eterno Hijo de Dios. Nunca olvides que la maldad de Satanás es, en el fondo, tan increíblemente estúpida y patética. En Cristo se nos da poder para resistir la tentación.

La primera tentación que se le presenta a Jesús es lo bueno que sería comer cuando está tan hambriento después de ayunar. Así que donde Eva fue a comer lo que no debía, Jesús rechaza la tentación. Jesús corrige la debilidad de Eva. A continuación, el diablo tienta a Jesucristo para que afirme su independencia de su Padre. Donde Adán y Eva estuvieron dispuestos a olvidar y traicionar el vínculo que el Padre tiene con ellos; Jesús nunca jamás hará nada que rompa el vínculo perfecto entre Padre e Hijo. Una vez más, vemos que donde Adán y Eva cayeron, Jesús restablece el vínculo entre la humanidad y Dios.

Tercero: el diablo muestra todas las posesiones que el eterno Hijo de Dios podría tener si sólo adorara a Satanás. Mira la estupidez del diablo: Jesús es la palabra a través del cual todo existe, Satanás realmente no posee nada. Así que donde Eva quiso poseer la manzana, Jesús rechaza cualquier posesión que pudiera poner en peligro Su vínculo con Su Padre. Una vez más, allí donde Adán y Eva cayeron, Jesús es decidido.

Volvamos ahora a nuestras observancias cuaresmales de oración, ayuno y limosna, pues comparten con Jesús su victoria sobre el demonio. La limosna nos enseña a comportarnos como Jesús, cuando rechazó las posesiones que podrían haber enturbiado la santidad y la pureza de su relación con su padre. Al dar limosna, ya sea con dinero, tiempo o cuidados, negamos nuestros propios

deseos en favor de las necesidades del otro: Jesús lo dejó todo para salvarnos en la Cruz. Con el ayuno, entrenamos a nuestro cuerpo para que no ceda a sus bajos instintos, sino que busque los dones superiores de la sabiduría y la amistad con Dios, como hizo Jesús en cada momento de su vida terrenal. Y la oración, la oración es la única manera de salvaguardar una relación verdadera y humilde con Dios. Donde el orgullo de la mujer y de su marido los llevó a rechazar la ley de Dios, Jesús nunca desobedecería a su Padre: debemos, pues, rezar como Jesús rezó y vivió.

La oración, la limosna y el ayuno son medios para crecer en la santidad de Jesucristo y vencer las tentaciones del diablo. En esta Cuaresma, ¿escogeremos a Jesús, o nos apartaremos como Adán y Eva, y seguiremos al ángel de la muerte, Satanás, que sólo trae miseria?

## Capítulo 4

La oración Colectiva inicial declara que durante la Cuaresma confesamos especialmente nuestras bajezas, que estamos abatidos por nuestras conciencias. Todo esto suena muy triste. Pero no es así en absoluto. La razón de la conciencia de nuestra bajeza descansa enteramente en un don del Espíritu. El Espíritu derrama la luz de Cristo en nuestras almas, que revela nuestra necesidad de ser santificados y purificados.

Cuando se restauran obras de arte o se limpian edificios venerables, el trabajo en curso revela un marcado contraste entre las partes que están sucias y las que no lo están. Lo mismo ocurre con nosotros. Jesús, Que es Dios de Dios, Luz de Luz, envía luz eterna a nuestras almas, revelando mucho que purificar en ellas. La conciencia de nuestros pecados, de nuestra bajeza, de nuestras conciencias tensas, es verdaderamente un signo esperanzador. Significa que los brotes verdes y frescos de Jesús nos están enseñando a apartarnos de lo que es inferior y oscuro, y a abrazar la verdadera vida, que siempre está vuelta hacia arriba, hacia Jesús.

La vida Cristiana no tiene sentido si no somos agudamente sinceros al aceptar Quién es Jesús. Si Jesús es Quien dice ser, el Camino a la vida eterna, entonces no es una Persona entre muchas, sino la Persona más importante de toda la historia de su universo. Él es el Camino, el novio que ha venido por nosotros. Una vez más, querido

Cristiano, reflexiona sobre el privilegio que se nos concede de llamarnos Cristianos. El amor, la luz, el esplendor que da Jesús es la vida del cielo, nada menos.

San Pablo habla hoy de la esencia de la Trinidad: el amor. Enseña cómo el Hijo eterno, la Palabra de Dios, uno con el Padre y el Espíritu, acoge libremente la única voluntad divina de encarnar en humano. Así, la Palabra eterno y el Hijo, al encarnar, entra en su creación, con el nombre de Jesús, que significa salvador. En primer lugar, que la Trinidad haga esto va más allá de las palabras, revela lo que es el amor: don total.

Pero hay más. Dios nunca deja de dar. Jesús, plenamente Dios, plenamente hombre, viene a sufrir y a morir por nosotros. El Hijo eterno, Que residía en el esplendor eterno, elige vaciarse de sí mismo, como enseña San Pablo, y desposarse en persona en su universo y convertirse en la perfecta ofrenda por el pecado mediante su sufrimiento y su muerte. Dios es amor y el amor es entrega total, en la eternidad, en la Trinidad y en la creación. Y éste es el amor que se nos da; pensemos en las palabras de Jesús a sus apóstoles: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado". Estamos llamados a amar como donación total de nosotros mismos.

San Pablo, en la lectura de hoy, enseña cómo puede cumplirse este

gran mandamiento, cómo ha de ponerse en práctica en nuestras vidas. Escribe: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado". El Amor, nacido en un establo, para morir y resucitar por cada uno de nosotros, envía al Espíritu para que derrame el amor de Dios en nuestros corazones. Este es el esplendor de la religión Cristiana: la verdadera religión, porque lleva a Dios a nuestras almas, para que luego, con una conversión continua, seamos santos, aptos para el cielo. Cómo vivimos, cómo seguimos y bebemos de las enseñanzas de Jesucristo refleja íntimamente cómo valoramos la Verdad.

La lectura del Evangelio nos ofrece otra perspectiva del don total de Dios: la del Esposo. En el Antiguo Testamento, las futuras novias se encontraban en los pozos. Moisés conoció a Séfora en un pozo; la futura esposa de Isaac, Rebeca, fue encontrada allí, y Jacob, junto a cuyo pozo está sentado Jesús, conoció allí a Raquel. Pero ésta no es una novia cualquiera para un judío. Es una Samaritana. Samaria era la tierra de las diez tribus del norte de Israel.

Tras su conquista por el Imperio Asirio en el año 722 a.C., muchos gentiles fueron llevados allí. Entonces se adoraron allí al menos cinco deidades masculinas y la propia fe judía se mezcló con elementos paganos. Muchos han visto sus cinco divorcios y su actual relación irregular como referencia a los 5 dioses paganos masculinos y a la corrupta fe judía de Samaria. Y aunque hubiera

tenido 5 divorcios, no sería una novia adecuada.

Pero Jesús no es el típico desposado, su oferta de matrimonio es para la cena de bodas celestial. La cena de bodas donde todos los invitados son lavados en las aguas vivas del Mesías. El Profeta Ezequiel habla del agua que brota del costado del futuro Templo, que es Jesús, y Zacarías habla de Aquel traspasado, Que hará brotar agua de Jerusalén. En la Cruz, de Aquel que ha sido traspasado por nuestros pecados, brota agua. Es el agua que limpia para la vida eterna; agua bendita que resplandece con el Espíritu Santo. Que, en esta Cuaresma, como la samaritana, reconozcamos nuestros pecados y dejemos que el agua viva del Señor resucitado nos limpie y nos eleve a la santidad.

## Capítulo 5

Jesús tiene hambre de traer la gloria de Dios a nuestras vidas. Nos desafía a ver más allá de los horizontes de esta vida. San Pablo, en la lectura de los Romanos, habla sin rodeos: "Las personas que sólo se interesan por cosas no espirituales nunca podrán agradar a Dios". Palabras muy directas. Es un desafío para todos nosotros, especialmente durante la Cuaresma, para que nos desprendamos de aquellas cosas que nos mantienen distraídos de la verdadera vida, que nos mantienen firmemente anclados en lo que pasará.

Cuando Jesús recibe la noticia de que su amigo, a quien ama, Lázaro, está enfermo, Jesús no se apresura a aliviar a Marta y María de su evidente angustia; no corre a su encuentro: no, su mirada, en primer lugar, está puesta en su Padre, y en la gloria de Dios. Y ahí es donde Él espera que miremos primero en todo. ¿Por qué? Porque eso es lo verdaderamente real. Todo en este universo es contingente, todo depende de Su inmutable Vida eterna, donde la muerte es imposible.

Durante la Cuaresma, como cada uno de nosotros ha estado rezando las estaciones del Vía Crucis, recuerda la estación 8: Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén. Allí Jesús recibe su llanto, pero las desafía a mirar primero a Dios, Su juicio, y a tomarse en serio la conversión. El Papa Benedicto XVI, en su reflexión sobre esta Estación, escribe: "Concédenos que no caminemos

simplemente a tu lado, sin nada que ofrecer más que palabras compasivas. Conviértenos y danos vida nueva. Haz que al final no seamos madera seca, sino sarmientos vivos en ti, la vid verdadera, que dan fruto para la vida eterna".

El difunto Santo Padre, enseña que un discípulo de Jesús es aquel que necesita llenarse de vida nueva, dando fruto para la vida eterna. San Pablo, en nuestra lectura, afirma que el cristiano recibe el Espíritu de Cristo y "el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos". Así, Dios llena al cristiano con el Espíritu Santo, en Quien el mal es vencido; verdaderas semillas de vida nueva. Por eso, la vida del cristiano, en cuerpo y alma, ha de ser vivida, siempre, hacia la plenitud de la vida: el cielo y la Trinidad. La muerte es algo transitorio, no es la última palabra. La última palabra, literalmente, es: "Yo soy la resurrección y la vida". Él es nuestro centro. ¿Buscamos primero su Reino?

En el Evangelio, Jesús es a la vez majestuoso y vulnerable. Jesús ya ha resucitado a la hija de Jairo y al hijo de la viuda de Naín, y aquí dice a sus discípulos que devolverá la vida a Lázaro. Al llamar descanso a la muerte de Lázaro, Jesús aligera el peso de la muerte; de hecho, Tomás, el discípulo, quiere ir también a morir con Lázaro. Vemos que con Jesús la muerte ha perdido su aguijón, es más, para un seguidor arrepentido y humilde de Jesús, la muerte es la puerta de la alegría eterna. Cómo necesitamos, como cristianos,

beber profundamente de esas palabras vivas de Jesús: "Y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás", Jesús ofrece hoy su vida. Jesús, como Señor de todo el universo, declara que Él es la resurrección y la vida porque Él es el Cordero de Dios sin pecado, la puerta de la Vida. Con el arrepentimiento recibimos ese Espíritu divino de vida eterna, burbujeando dentro de nosotros como un pozo que siempre fluye.

Jesús es majestuoso, ordena: "¡Lázaro, ven! Pero, además, el texto revela la sorprendente profundidad de sus sentimientos por nosotros, sus hijos, a los que ha venido a salvar. Este pasaje del Evangelio contiene esas palabras devastadoras: "Jesús lloró". El texto griego deja claro que las lágrimas de Jesús son mucho más profundas que el remordimiento humano por la muerte de un amigo querido.

En esta situación llena de tanta gente, nos encontramos con Marta que subestima el poder del Señor eterno para quitar los efectos del pecado de un cadáver en descomposición. Tenemos a María arrojándose a sus pies, reprendiéndole por no haber estado presente para salvarle, y también llegando con su grupo de plañideras llorosas. Hay otros que ven las lágrimas de Jesús como una mera expresión de su amor por Lázaro y otros que dudan de sus poderes para resucitar a Lázaro. Y entre esta cacofonía de sentimientos humanos está Jesús, el Salvador del universo. Jesús, que nunca deja

de llevar a todos a tener fe en Él, a confesar sus pecados y a aceptar su regalo de salvación, verdaderamente de otro mundo.

Jesús ve tan claramente en cada corazón, incluido el nuestro, la densidad variable del pecado. Él sabe con cada fibra de Su Persona eterna que sufrirá y morirá para expiar nuestros pecados. Llora por nosotros; anhela, tiene sed, hambre de que aprendamos a vivir en Su amor como el privilegio más grande para el hombre y el verdadero propósito de la vida. Que nunca seamos demasiado orgullosos para confesar nuestros pecados y acercarnos a Su trono de vida eterna, porque

Jesús es la resurrección y la vida.

## Capítulo 6

En el libro del Éxodo, un esclavo corneado hasta la muerte por un buey valdría treinta piezas de plata como recompensa para el amo. En la Cruz, Jesús morirá corneado por los clavos, y Judas aceptará la suma de treinta monedas de plata. Judas ocupa el lugar del amo y Jesús se convierte en el esclavo. En el transcurso de la liturgia de hoy, Jesús, "cuyo estado era divino", aceptará la muerte, "la muerte de cruz"; el Domingo de Ramos se conoce también como Domingo de Pasión. Ahí tenemos en estos dos títulos, y en la enseñanza de San Pablo, la trayectoria de este día. Jesús, aclamado como el Mesías largamente esperado, terminará su misión terrena en el abajamiento.

Es muy importante que captemos algo de la importancia de la entrada de Jesús en Jerusalén. El Salmo 48 se refiere a Jerusalén como verdadero polo de la tierra, que atrae hacia sí a todos los hombres y mujeres. Jerusalén fue la ciudad del rey David, donde gobernó sobre un Israel y un Judá unidos durante treinta y tres años. Tampoco olvidemos nunca que antes de que existiera Jerusalén, existió el monte Moriah. El Monte Moriah fue el lugar donde Abraham estuvo dispuesto a sacrificar a su único y amado hijo, Isaac. Muchos años después, el Padre eterno ofrecería a su Hijo eterno en el mismo lugar, ahora llamado Jerusalén. El monte Moriah es el lugar donde el rey Salomón, hijo del rey David, construyó el Templo de Jerusalén: el lugar de todo Su cosmos

donde moraba el Señor, nuestro Dios. En las paredes y puertas del Templo había talladas ramas de palma; y ramas que a menudo se esparcían ante reyes y conquistadores.

Teniendo en cuenta estos detalles, empezamos a ver lo significativa que es la entrada de Jesús en Jerusalén. Las ramas se agitan y se colocan al paso de Jesús, al igual que las vestiduras. Jesús reclama el derecho de los reyes, eligiendo su propio medio de transporte, y cumple la profecía de Zacarías: "humilde y montado en un asno". Jesús es un vencedor, pero a través del sacrificio. Además, Jesús es aclamado como el Hijo de David. Durante siglos, el pueblo judío había esperado y deseado que el profetizado Hijo de David viniera a liberarlos de la opresión romana y de la pseudo monarquía herodiana, que no era la casa real de David. Jesús, el eterno Hijo de David, es el prometido, nunca más cierta la aclamación: "bendito el que viene en nombre del Señor". Y éste es el quid, queridísimos hermanos y hermanas: aclamamos a Jesús como Señor, Mesías; estamos con el Rey tan esperado, que viene a reinar con humildad, montado en un asno; y debemos preguntarnos entonces: "¿con qué integridad vivimos nuestros gritos de júbilo?".

San Mateo hace notar que los que entraron en Jerusalén con Jesús, no fueron los mismos que lo condenaron a muerte unos días después, pues la ciudad de Jerusalén se conmovió con su entrada y preguntó: "¿quién es éste?". Claro que había quienes le conocían

íntimamente, y cómo faltaron al honor de su Señor. Judas mintió a la cara de Jesús, eligió conscientemente traicionar a su Señor, y cuando se vio inundado por el remordimiento no abrió su corazón al oxígeno de la misericordia de Jesús y así se ahogó en su propia desesperación. Nuestro Señor es humilde, es misericordia divina; espera que nos volvamos libremente a Él arrepentidos, para poder salvarnos.

Jesús profetiza que todos los discípulos perderán la fe en Él, a lo que Pedro declara que él nunca perderá la fe. A Pedro le cuesta comprometerse con sus promesas, pero permanece abierto al arrepentimiento y, por tanto, al amor salvador de Jesús. Su remordimiento es muy distinto del de Judas, pues su verdadera intención es seguir la voluntad de Jesús. Es notable que en el Vía Crucis sean las mujeres las que permanecen junto a Él, las que se acercan para cuidar de Él. Simón de Cirene es llamado a servir a Jesús y, al hacerlo, crece su amor por el Mesías. Nuestras propias Estaciones retratan aquí la transformación de Simón, a medida que crece simultáneamente su amor por Jesús y su incredulidad ante la indiferencia y la crueldad de los demás.

A lo largo de la Pasión, Jesús dice poco; nos observa y adora a cada uno de nosotros, esperando a ver cómo respondemos. En verdad, la profecía de Simeón del Evangelio de Lucas se cumple sublimemente en los relatos de la Pasión: "He aquí que este niño

está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para ser señal que se opondrá para que se revelen los pensamientos interiores de muchos". ¿Cuáles son nuestros pensamientos interiores que necesitan ser limpiados por el Rey, el Hijo eterno?

Mientras aclamamos a Jesús como Señor, el Hijo de David, el Mesías prometido, y agitamos nuestros ramos, reflexionemos también sobre nuestra parte, sobre nuestros pecados, que llevaron al matadero a este bellísimo, inoculado y sublime Cordero de Dios. Él está siempre dispuesto a recibirnos, ¿cómo vamos a recibirlo nosotros en esta Semana Santa y después?

## Capítulo 7

Es muy importante que los Cristianos nunca dejen de responder a la Resurrección de Jesús. La Resurrección de Jesús es el acontecimiento histórico más importante de toda la creación, de todos los tiempos. El Señor resucita como el ahora glorioso Señor del universo. Y este Señor ha curado heridas: heridas, que fueron aceptadas y abrazadas por cada uno de nosotros.

Para la humanidad, declara la verdadera meta de todos y cada uno de nosotros. Esa meta es que nuestra humilde humanidad sea deificada, divinizada, que viva en Cristo resucitado, incluso ahora, pero después, por toda la eternidad. No demos nunca la espalda a nuestra verdadera vocación. Que nunca se diga de nosotros lo que se dijo de los dos ancianos que intentaron comprometer a Susana en el profeta Daniel: "dejaron a un lado la razón, sin esforzarse por volver los ojos al cielo y olvidando sus exigencias de virtud".

San Ireneo de Lyon, en el siglo II, escribió: "la gloria de Dios es el hombre plenamente vivo"; San Atanasio, en el siglo IV, escribió: "porque el Hijo de Dios se hizo hombre para que nosotros pudiéramos llegar a ser Dios"; San Máximo el Confesor, en el siglo VII, escribió: "por su graciosa condescendencia, Dios se hizo hombre y al cambiar su condición por la nuestra reveló el poder que eleva al hombre hasta Dios por su amor". Estas palabras hacen alarde de la dignidad y la responsabilidad; de la maravilla y el

resplandor que pueden ser nuestros en Jesucristo. La Resurrección es tal cosa de gloria, una gloria del cielo, que nunca puede dejar de conducirnos, si tan sólo la seguimos...

El camino del cielo no se ganó sin un coste tan grande. Un coste que revela el amor inestimable en el que nos tiene Dios Trinidad. La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles habla de la muerte de Jesús, que fue colgado en un madero; el salmo canta que Jesús es la piedra que desecharon los constructores; y el Evangelio declara que Jesús tuvo que resucitar de entre los muertos. De hecho, el sufrimiento y la muerte de Jesús fueron profetizados por Él mismo en los Evangelios y son un cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento.

En sólo tres, leemos: de Zacarías, "cuando miren al que traspasaron"; en Sabiduría, "Probémosle con injuria y tormento, para averiguar cuán amable es. Condenémosle a una muerte vergonzosa, pues, según lo que dice, será protegido". El pasaje más extenso es de Isaías: "Mas él herido fue por nuestras rebeliones, magullado por nuestros pecados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, y Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. Como cordero que es llevado al matadero, no abrió su boca. Por eso le daré parte con los grandes; porque derramó su alma hasta la muerte, y fue contado con los transgresores; pero llevó el pecado de muchos, e intercedió por los transgresores".

Estos textos sagrados encuentran su sentido definitivo en el sufrimiento y la muerte de Jesús en la Cruz. Los discípulos y los primeros cristianos comenzaban a comprender su significado. Pensemos en aquel gran pasaje de San Lucas, los discípulos de Emaús. Allí vemos cómo dos discípulos habían perdido la fe en la resurrección de Jesús de entre los muertos, y entonces Jesús les explica las Escrituras: cómo era necesario que el Cristo padeciera para poder entrar después en su gloria. La lectura del Evangelio de hoy deja claro que los discípulos y María Magdalena no esperaban la Resurrección; de hecho, María esperaba encontrar el cadáver de Jesús.

Pero la Resurrección es muy diferente de que Jesús simplemente vuelva a la vida, como en el caso de la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Naín y Lázaro. Todos ellos volverían a morir más tarde; pero Jesús, Jesús no puede volver a morir. Colocaos con los discípulos en este momento, en presencia de vuestro Señor, que había enseñado, obrado milagros para gloria de Dios, y que había muerto y había sido sepultado. Y ahora, cuando se revela a vosotros, es realmente el mismo Jesús, las heridas son visibles, pero Él es tan diferente.

Reflexiona: Él ha pagado heroicamente la costosa paga del pecado con su sufrimiento y muerte; el diablo también ha sido finalmente

reducido al cobarde lamento que siempre fue; y ahora, resucitado, Él está de pie mirándote a los ojos, en tu corazón, como el verdadero Hombre de paz, tu futuro.

La Resurrección nunca es vieja, nunca es "esa vieja historia". San Máximo también dijo: "El cristianismo es una forma completamente nueva de ser humano", y San Pablo dice: "ahora la vida que tienes está escondida con Cristo en Dios". La cuestión es: ¿cómo vamos a vivir en su gracia resucitada, que espera divinizarlos, que espera enseñarnos a amar, a perdonar, a practicar la virtud, a llevarlo a los demás? La Resurrección es la vida eterna: neguemos sinceramente lo que hay de antidivino en nosotros para vivir en Jesús resucitado.

## Capítulo 8

En todas las Misas del tiempo pascual, el Prefacio dice que alabaremos a Dios "aún más gloriosamente, cuando Cristo, nuestra Pascua, haya sido sacrificado". Así pues, en los Prefacios de Pascua se destacan dos aspectos esenciales: cuando nos acercamos al sacrificio de Jesús, el Sacrificio pascual, con verdadera humildad - lo que significa arrepentimiento incondicional-, nos llenamos del Espíritu, que nos libera para alabar al Señor aún más gloriosamente. Acercarse a Jesús es siempre contemplar a Aquel que sufrió y murió por nosotros, y luego resucitó de entre los muertos. Adorar a Jesús es encontrar el camino a través de la oscuridad, a través de la prueba hacia la Luz y la paz eternas. En Jesús se revela el único camino hacia la vida, ahora y por toda la eternidad.

Las lecturas y oraciones del sexto domingo de Pascua se centran en el sacrificio pascual de Jesús y en el consiguiente y necesario don del Espíritu Santo. Es necesario entrar en la crucifixión de Jesús en nuestra oración; en nuestra lectura de la Escritura; en los Sacramentos; en nuestra forma de vivir, para ser conducidos después a la Resurrección. La vida cristiana no se detiene nunca en la muerte de Jesús; no, sino que es el puerto necesario desde el que el Espíritu Santo puede luego llenar nuestras almas y nuestros cuerpos, nuestras velas, con el soplo de Dios, que es capaz de llevarnos, como barcos, a través de muchos mares hasta el puerto

eterno. Pero la forma en que manejamos nuestras velas, en relación con el mástil de nuestra nave, que es la cruz que se nos ordena recoger, tiene una relación con el lugar donde finalmente anclaremos y atracaremos.

San Pedro, en su primera carta, se refiere a la inocencia, a la bondad de Jesús, lo que resalta aún más el sacrificio de amor de Jesús por nosotros, ante el que no debemos ocultar nuestra mirada: Cristo, que "muerto una vez por el pecado, murió por los culpables. En el cuerpo murió, en el espíritu resucitó". El Príncipe de los Apóstoles menciona al Espíritu Santo, pues la victoria de la Resurrección, realizada en el Espíritu, brota del sufrimiento y de la muerte de Jesús, Sacrificio pascual. Éste ha de ser también el camino de nuestra vida.

San Pablo, escribiendo a los Romanos, explica el corazón de la vida cristiana: cómo morimos con Cristo, para resucitar después a la vida en el Espíritu de gloria, escribe: "¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Fuimos, pues, sepultados con él para muerte por el bautismo, a fin de que, como Cristo resucitó de entre los muertos, por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva".

Este es el camino cristiano. Todo, y quiero decir todo en el cristianismo, sigue el camino de la Cruz a la Resurrección. Jesús es el camino de la muerte a la vida, su vida eterna. Recordad el relato evangélico de San Lucas, los discípulos de Emaús. Aquí Jesús les explica las Escrituras, enseñándoles que Él, el Mesías, tenía que sufrir para poder entonces, y sólo entonces, entrar en su gloria. Esta historia enseña, al igual que los tremendos hechos de la Pasión y Resurrección de Jesús, cómo morir a todo el mal dentro de cada uno de nosotros, y luego ser resucitados en el Espíritu, dado por Jesús, es el único Camino al cielo.

Este camino a través de la tumba de Jesús hacia la luz eterna del Señor resucitado, dada por el Espíritu, debe ser tomado en serio.

Reflexionad de nuevo sobre estas palabras de Jesús en el Evangelio de San Mateo: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la encuentran".

Palabras serias de Jesús. Pero no podemos embarcarnos solos en este viaje. Jesús, en el Evangelio de hoy, nos enseña que Él y el Padre enviarán al Espíritu, y que el Espíritu, el Abogado, permanecerá con nosotros para siempre y nos enseñará a amar a Jesús, y a seguir así sus mandamientos cada vez más profundamente. La primera lectura de los Hechos enseña también cuán importante es el Espíritu Santo: los apóstoles Pedro y Juan van

expresamente a Samaría para asegurarse de que los nuevos conversos reciban el Espíritu Santo por la imposición de las manos y por la oración, ya que Felipe, el diácono, no posee ese poder espiritual en particular. Este pasaje indica claramente el sacramento de la Confirmación, que sólo puede ser administrado por un obispo o su delegado, y que es esencialmente diferente del Bautismo: otorga el Espíritu Santo de una manera nueva y crucial.

Es el Espíritu Santo, tercera Persona de la Trinidad eterna y santa, quien nos trae la victoria de la Cruz: La derrota de la muerte por parte de Jesús. El Espíritu llena el alma humilde con tales alegrías de la victoria de Jesús que el cristiano paciente será verdaderamente liberado para alabar aún más gloriosamente el sacrificio que cambia el universo de Jesús, nuestra Pascua, como rezamos en todos los prefacios de Pascua. La cruz comienza como la puerta estrecha, pero se abre a la gloria eterna.

## Capítulo 9

El miércoles celebramos la Ascensión del Señor, día de precepto. La importancia de este hecho histórico tiene un gran significado para nuestra salvación. La Oración después de la Comunión, que escuchamos al final de la Misa, dice: "para que, por medio de estos sagrados misterios, se realice en el cuerpo de toda la Iglesia lo que ya se ha realizado en Cristo, su Cabeza". Esta oración, leída al final de la Misa, enseña que nuestro futuro eterno participará de la gloria de la Ascensión de Cristo.

La oración pide a Dios que traiga a todo el cuerpo de la Iglesia, es decir, a cada cristiano, a donde la Cabeza de la Iglesia, Jesús, vive ahora y reina para siempre: porque un cuerpo completo comprende la cabeza y el cuerpo. Jesús ascendió con su cuerpo humano glorificado y su alma al reino eterno de Dios. Eso significa que nuestra carne humana, nuestros huesos humanos y alma humana han sido elevados por la gloria eterna de Dios y luego llevados al Dios omnipresente, omnipotente y omnisciente.

Así que, en el reino del reino de Dios, el cielo, allí, la carne una vez frágil y mortal de Jesucristo, está ahora unida al

Dios eterno inmutable. Carne humana y naturaleza humana están ahora ligados eternamente a la Trinidad a través del Hijo, Jesús el Salvador. Cuando oímos tales verdades, que tan inmenso honor ha sido concedido a nuestra especie, ¿no nos hace cuestionar verdaderamente cómo honramos a Dios, el dador de nuestras vidas; cómo elegimos vivir el don de nuestras vidas, sabiendo que en última instancia estamos hechos para el único Día eterno en Jesucristo.

El amor de la Santísima Trinidad por el hombre, por nuestra especie, es tan inmenso que apenas podemos asimilarlo, es más, es infinito, y sin embargo se nos invita a entrar en este diálogo eterno de amor y maravilla. Como parte del Cuerpo de Cristo, estamos llamados a adorar al Padre en el Espíritu.

En el Evangelio, Jesús, dirigiéndose a su Padre, se refiere primero a la "hora". La "hora" se refiere, en última instancia, a la Crucifixión, pues en ese momento, mediante el sufrimiento y la muerte de Jesús, el Padre abre el reino de los cielos a todos los creyentes. El Padre glorifica a su Hijo resucitando a Jesús de entre los muertos: la Resurrección; el Padre glorifica a su Hijo llevándolo al reino eterno de los cielos: la Ascensión. Allí, en el reino de los cielos, Jesús es Soberano de toda la creación, pues Jesús es a la vez creación glorificada, nacido de la Virgen María, y Divinidad eterna. Él es, por tanto, el único Mediador entre la creación y Dios, pues es ambas cosas.

Y es en esta gloria que el Hijo, a su vez, glorifica a Su Padre, Jesús quiere dar todo al Padre. Y Jesús elige glorificar a Su Padre dando vida eterna a todo lo que el Padre le ha dado. Más adelante, en este pasaje del Evangelio, Jesús dice: “y en ellos soy glorificado”. Vemos por estas palabras sagradas que Jesús se refiere a todo Su Cuerpo, a nosotros. Porque cuando estemos llenos de la gloria de Jesús, también nosotros estaremos glorificando al Padre. Jesucristo es la cabeza y nosotros, Su Iglesia, somos el Cuerpo.

En otro pasaje se oye a Jesús referirse a su Ascensión: “Ahora, Padre, es tiempo de que me glorifiques con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese”. Jesús enseña aquí que Él es el Hijo eterno, lo que significa que antes de la creación de cualquier cosa, es decir, antes de ser concebido por el Espíritu Santo y de nacer de la Virgen María, el Hijo eterno estaba con el Padre. Jesús - el Hijo eterno unido a la carne humana, de santa María - ahora, con el tiempo, pretende volver al reino eterno, y tomar con Él la naturaleza humana, que será glorificada, “elevado por encima de toda Soberanía, Autoridad, Poder o Dominación, o de cualquier otro nombre que pueda nombrarse no sólo en este siglo, sino también en el venidero”, como escribe San Pablo a los Efesios.

En esta luz, en la que el sol, en comparación, no es más que un objeto pasajero, empezamos a comprender la exaltada

llamada que se nos ofrece en Jesucristo, nuestro Señor. La llamada de Cristo supera nuestras imaginaciones, nuestras capacidades. Y así vemos por qué el don del Espíritu Santo, el Aliento de Dios, que Jesús dio a sus Apóstoles, es total y completamente necesario adoptarnos para Cristo, para recrearnos para el cielo. Vemos con nuestros corazones y nuestras mentes por qué María, los Apóstoles y otros se reúnen en temblorosa expectativa y alegría para abrir sus corazones, en continua oración, en preparación para la venida del Espíritu Santo.

Sólo en el Espíritu Santo somos capaces de recibir el don de la vida eterna en Jesús: resucitado, ascendido y en gloriosa unidad con el Padre. Que comprendamos mejor nuestra llamada y que fluya en todo momento del Espíritu, que desea colmarnos de la Vida de Jesucristo, resucitado, ascendido y reinante en el cielo.

## Capítulo 10

El Señor desea que cada uno de nosotros, Su pueblo, nos demos cuenta de que toda nuestra felicidad fluye continuamente de Él. El sentido inmutable de la vida es la relación con el señor. El ser humano la especie ha sido creada para conocer, amar y servir al Señor; ahí reside la felicidad.

Es de la mayor importancia que nosotros, cada uno de nosotros, captemos de maneras cada vez más profundas y significativas, que la verdad, la bondad, la paz de nuestras vidas, fluyen necesariamente del Señor, del Dios todopoderoso. Dios, sin principio ni fin, Quien, en Su perfecta sabiduría, trajo a la existencia el tiempo, el espacio y la materia, sostiene necesariamente, en el ser, todo lo contingente, todo lo creado. Sólo Dios es absolutamente necesario.

Pero las criaturas humanas hemos sido creadas especialmente para tener una relación de sentido, de conocimiento, de amor con este Señor vivo. La verdad estremecedora es que cada uno de nosotros ha sido creado con un alma racional, un alma que puede conocer y amar a Dios. El Señor eterno e inmutable ha creado a todos y cada uno de los seres humanos para entrar en una relación de máxima intimidad, de máximo compromiso

con aquellos que son eternos. Esta es la vocación humana.

Se trata de que despertemos de cualquier autoengaño autoimpuesto, de que recobremos el sentido como el Hijo Pródigo, de que admitamos nuestra excesiva obsesión por las cosas visibles de este universo, nuestra testarudez, que tanto afligió a los israelitas, y reconocer que nuestro intelecto inmaterial, nuestras voluntades de honorarios inmateriales son creadas, y ofrecidas reposición, momento a momento, para elevarse hacia el Dios eterno como personas, creadas para la unión con las Personas divinas.

En la lectura del Éxodo oímos cómo el Señor desciende para ser visto por su criatura, para mostrar, tan claro como el día, que la relación con el Señor ha de ser la cúspide, la gloria de nuestras vidas. Moisés se inclina y adora. Cada día, nosotros también debemos inclinarnos y adorar al Señor, que nos tiende la mano con ternura, compasión, bondad y fidelidad. No hacerlo es un signo de ingratitud, un signo de orgullo, un signo de los vestigios del Pecado Original, cuando eligieron apartarse de la creciente relación con Dios, en favor del egocentrismo y el ego.

Así que el Señor se describe a sí mismo como tierno, compasivo, lento al enojo, rico en bondad y fidelidad. Esta descripción se encuentra también en el libro de Números, en Nehemías, en 3 Salmos y en el profeta Jonás. Es un motivo recurrente en todo

el Antiguo Testamento.

El Hijo eterno nace de la Virgen María, para manifestar en carne propia la ternura y la compasión, la lentitud a la ira, la bondad y la fidelidad de Dios. Todo lo que es el Padre, también lo es el Hijo. Jesús muestra su divinidad, muestra que Él es realmente el Hijo, por un sinfín de milagros de palabra y obra; por su cumplimiento de las profecías. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que es el vínculo de amor eterno entre el Padre y el Hijo, enviaron al Hijo que nació de la Bienaventurada Virgen María.

El Evangelio nos enseña, tan claramente, que Dios "hizo esto para mostrar cómo desea compartir su vida divina con nosotros. Quieren salvarnos del aislamiento del pecado enseñándonos a vivir para los demás. Toda la vida de Jesús es para cada uno de nosotros; por eso, toda nuestra vida tiene que ser para Él y para los demás, posible en el Espíritu Santo. Su sufrimiento y muerte por cada uno de nosotros no es un recuerdo lejano, alejado de nuestra vida cotidiana. No, porque siempre que acogemos al Espíritu que ora en nosotros, somos conducidos al padre todopoderoso, por la muerte y resurrección de Su Hijo, Jesús el Señor. Toda oración es una llamada a entrar en un vínculo divinizador con la Trinidad, que es Dios.

Adán y Eva se apartaron libremente de la amistad eterna de

Dios para aislarse. Mientras que cada Persona de la Trinidad adora y sirve a las demás, así es Dios. Adán y Eva se antepusieron a sí mismos, siguieron sus propios planes, sin referencia a Dios todopoderoso. Todo en nuestra vida debe tener como objetivo último la unión con Dios. Si no es así, estamos traicionando la gracia que nos ganó Jesús con su sufrimiento y su muerte en la Cruz, y con el envío del Espíritu Santo para nuestra santificación eterna y nuestro gozo total.

La Trinidad es la alegría de la eterna amistad divina, cada uno de nosotros ha sido invitado a compartirla. ¿Estamos dispuestos a crecer y empezar a usar nuestro intelecto y libre albedrío para Quien fue creado; a vivir y servir en la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, como escribe San Pablo, ¿o tenemos algo más importante que hacer?

## Capítulo 11

"¡Hombres insensatos! ¡Tan lentos para creer el mensaje completo de los profetas! ¿No estaba ordenado que el Cristo sufriera y así entrar en su gloria?"

En Su Resurrección, las heridas de Jesús, marcas de Su sufrimiento por nosotros, son todavía visibles; curadas, pero visibles. Algunos podrían preguntarse por qué el Dios eterno, Creador y Sustentador de toda vida y tiempo, elegiría tal camino de salvación para la humanidad. ¿Por qué la Trinidad eterna ordenaría por toda la eternidad que el Hijo viniera como uno de nosotros, en la historia, y muriera de la forma más dolorosa, muriera una muerte de vergüenza? ¿Cómo podría Dios - supremo, eterno, santo - consentir esto? Parte de la respuesta está en la verdad de que la Trinidad es humildad.

Cuando consideramos el Evangelio, observamos cómo el Hijo eterno, ahora resucitado en la gloria del Cielo, se acerca a los dos discípulos y camina con ellos. La humildad de Dios es impresionante, y esto se hace tan claro en la Encarnación y la Pasión de Jesucristo. El Señor sale al encuentro de los suyos allí donde nos encontramos, nunca es demasiado orgulloso para salir a nuestro encuentro allí donde nos encontramos; y entonces nos toca a nosotros elegir, abrazar el discipulado radical. Recuerda las palabras de Jesús al hombre lisiado, que

había curado el sábado, y también a la mujer sorprendida en adulterio. Jesús extiende Su misericordia, Su perdón, Su compasión y luego les ordena a ambos que no pequen más. Jesús espera que cada uno de nosotros cambie cuando intentamos vivir en la libertad de su amor. San Pedro, en la primera lectura de hoy, deja muy claro que el Padre no tiene favoritos, sino que todos seremos juzgados según cómo hayamos recibido y respondido a la gracia de Jesús, el Camino, la Verdad y la Vida.

En este tiempo de Pascua en el que vivimos de nuevo, como si hubiera sucedido hoy, la Resurrección de Jesús de entre los muertos; y mientras nos preparamos para la efusión celestial del Espíritu Santo en Pentecostés - reflexionamos sobre hasta qué punto estamos abiertos a recibir a Jesús y a aprender a vivir en su gracia ardiente en nuestra vida cotidiana, pues ése es el propósito y la meta de la vida.

Al principio, Jesús es irreconocible para los dos discípulos de Emaús, un camino que se aleja de la ciudad santa de Jerusalén. Cleofás y su compañero están llenos de datos sobre Jesús, pero lo que necesitan es franqueza, humildad, ser realmente enseñados y alimentados por el propio Jesús. Es recibiéndole a Él, tanto en las Escrituras, en las que sólo Él es la clave, y en la repartición del pan, que es la representación sacramental de Su sacrificio salvador en la Cruz, que lo

reconozcan, que noten cómo sus corazones han ardido, que han cambiado.

Cleofás y su condiscípulo han empezado a abrirse más al Señor resucitado, han empezado a ver que el cielo se ha abierto, que la esperanza eterna, que trasciende este universo, fluye desde la Persona de Jesús. La total humildad de Jesús al salir a su encuentro, su poder sobre la muerte, está destrozando sus miedos terrenales y su débil fe, y los está elevando hacia su hogar: el cielo. Entonces parten como nuevos, a pesar de la oscuridad, de regreso a la ciudad santa de Jerusalén. La Esperanza Celestial destruye la oscuridad, el miedo y la ociosidad.

Cuando acudimos al santo sacrificio de la Misa, como los discípulos del Evangelio, nos encontramos con Jesús en el camino de Emaús. Al entrar en esta santa Iglesia, nos arrodillamos, como signo de que queremos abrirnos a Su Presencia; nos rociamos con agua bendita, recordándonos quiénes somos en realidad: que hemos sido comprados a un gran precio, que estamos consagrados, en cuerpo y alma, a la Trinidad; también, reflexionamos sobre nuestro comportamiento pasado: ¿necesitamos confesarnos antes de presentarnos ante el altar de la Sagrada Comunión con Dios? ¿Nos esforzamos por vivir agradecidos por Quién es Jesús, por lo que ha hecho y sigue ofreciendo por nosotros?

Entonces escuchamos la palabra sagrada, abrimos nuestras mentes a los impulsos del Espíritu, que nos guiará a toda la verdad, que hace que nuestros corazones bullan de amor divino. Y entonces nos acercamos, pidiendo que Jesús se quede con nosotros, pidiendo que Él habite en nosotros, porque aquí está el de la gloria eterna.

Jesús sufre, muere para abrir el cielo. Luego resucita para revelarnos el propósito de la vida, que vivamos para Él, Él que resucitó a la vida por nosotros. Quédate estupefacto ante este amor, tan dispuesto a humillarse por nosotros. Reflexionando siempre sobre los milagros de Jesús, sus enseñanzas, sus actos de amor perfecto, nos abrimos, humildemente, a recibirle a Él, a su Espíritu, a su Cuerpo y Sangre vivos. Los discípulos de Emaús son transformados por Jesús, sólo Él puede hacerlo. ¿Somos lo suficientemente humildes para recibir el amor ardiente de Jesús?

## Capítulo 12

La memoria es fundamental para comprender la riqueza de la solemnidad del Corpus Christi. ¿Cuáles son los fuegos que mantenemos vivos en nuestra memoria? ¿Quién o qué es el acontecimiento que nos sirve de brújula viva, de guía para vivir de verdad? Un pueblo que olvida de dónde viene pierde de vista adónde va. La memoria viva de todas las grandes acciones de Dios está en el corazón del Sacrificio de la Misa, llamamos a esta memoria viva de las acciones salvíficas de Dios a través de la historia.

Jesús no quiere que nos sintamos demasiado cómodos con nuestras posesiones, ni que nos dejemos llevar por el mantra actual de "haz lo que te parezca bien", hasta el punto de que olvidemos que la vida tiene un objetivo real, un propósito: pensemos en el hombre rico del Evangelio de San Lucas, que almacenó grano para su propio beneficio y esa misma noche su alma fue llamada a cuentas por el Señor. Jesús tampoco quiere que nos angustiemos tanto con las preocupaciones de la vida que olvidemos Quién es Dios, "y dijo a sus discípulos: "Por eso os digo: No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer, ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. Porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido".

La lectura del Evangelio de hoy sigue a la alimentación de los cinco mil. La gente, al día siguiente, sigue buscando llenar sus estómagos de pan. Pero Jesús quiere que los helechos se centren en el cielo, en su necesidad de alimento celestial. La realidad del alimento celestial es una enseñanza central y una esperanza de los israelitas. En la primera lectura del Deuteronomio, Moisés exhorta a los israelitas a recordar las grandes obras del Señor al liberar a su pueblo de la esclavitud. Les recuerda que el pan del cielo, que en hebreo se llama maná, que significa "manjar milagroso", era una sustancia milagrosa parecida al pan que Dios les daba directamente. Además, el Señor, su Dios, les dio agua milagrosa.

Durante cuarenta años el Señor alimentó a su pueblo con maná, pan del cielo. Fue un tiempo de purificación, un tiempo de preparación para entrar en la Tierra Prometida, un tiempo de memoria continua, de anamnesis. El Señor quería que recordaran las asombrosas plagas, la Pascua - de la que se bebía la copa de bendición, mencionada en el libro de Pablo, después de comer el cordero de sacrificio - el Éxodo, la división del Mar Rojo, la alianza dada en el Sinaí. Las grandes obras salvíficas de Dios. El maná fue dado para fortalecer y purificar a su pueblo a vivir en un continuo recogimiento de Dios.

Moisés dice del Señor: "Os alimentó con un maná que ni vosotros ni vuestros padres habíais conocido, para haceros

comprender que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca del Señor". Moisés está suplicando al pueblo que busque primero en el Señor el propósito de la vida, que busque en las enseñanzas del Señor, que destierre el egocentrismo ante el Señor. El mismo Jesús, cuando fue tentado, después de su ayuno de 40 días, por satanás para convertir las piedras en pan, dice estas palabras nacidas de Moisés. El pan mundano, aunque esté hecho del mejor trigo, como canta el Salmo, no basta, no es el camino del cielo. Necesitamos alimento celestial.

Israel, en la época de Jesús, anhelaba que el Señor derramara, una vez más, pan del cielo sobre Su pueblo; pero esta vez iba a ser pan verdaderamente glorioso del cielo, que iba a conducir a la tierra prometida celestial, al Éxodo final hacia la Jerusalén celestial, cuyo Templo eterno es el Cuerpo de Cristo, como aprendemos en el Evangelio de San Juan.

El Cuerpo y la Sangre de Cristo, entregados por nosotros, derramados por nosotros, en el calvario, es el mayor acto de amor de Dios revelado en la historia. Es un acontecimiento, un momento en el tiempo, y sin embargo, como Jesús ascendido que reina en el cielo. El amor que recibimos, en el Espíritu, es un recuerdo vivo de la Sagrada Pasión de Jesús.

Jesús, en la Última Cena, tomó el pan y el vino y los consagró

en su Cuerpo y su Sangre, el Corpus et Sanguis Christi, que sería sacrificado, moriría, resucitaría y ascendería al cielo. Cada vez que venimos a Misa, cumpliendo Su mandato, "haced esto en memoria mía", entramos en la memoria viva de Su Pasión, a través de la cual recibimos el Pan victorioso, ahora vivo, bajado del cielo, aquí en Su altar. El Salmo 35 canta el banquete celestial, hecho posible por la sagrada Pasión de Jesús: "Comen de la abundancia de tu casa, y les dasa beber del río de tus delicias. Porque contigo está la fuente de la vida; en tu luz vemos la luz". Debemos vivir en esta memoria, guiados por el Espíritu purificador. Esta memoria es el Camino vivo hacia la vida eterna, que sólo se encuentra en el Cuerpo y la Sangre vivos de Jesucristo.

## Capítulo 13

El domingo pasado, día del Corpus Christi, abordamos el tema de la anamnesis. En cristiano y judío, la anamnesis es una vida recuerdo de las obras salvíficas de Dios. En efecto, en cada Misa, recordamos las obras salvíficas de Dios. Jesús mismo, dice hacer esto en memoria mía. Cuando Dios actúa en su creación Él revela la eternidad en el tiempo. Y así, cuando recordamos estos actos salvadores, cuando recordamos estos acontecimientos, entramos en la eternidad del amor de Dios, su vida entregada a nosotros. Al entrar en estos grandes actos, mediante el don de la fe, nuestros corazones y mentes se curan para ver lo que realmente es verdad, lo que realmente importa. Nos volvemos más plenamente humanos. Lo que es superficial y malo se hace más fácilmente reconocible, por lo que es de esperar que se rechace por cómo elegimos vivir libremente, en respuesta a Su amor.

En la primera lectura, el Señor pide a Moisés que declare a los Casa de Jacob que deben recordar los actos salvadores del Señor. Les pide que recuerden el Éxodo de Egipto: el Éxodo incluye las 10 Plagas, la Pascua y la separación del Mar Rojo. Haber estado entre aquellos israelitas que vieron y presenciaron estos grandes actos habrían dejado una impresión sobrecogedora, un recuerdo vivo, del poder del Señor, que ofreció estos actos de amor a Su Pueblo.

El viernes, la Iglesia celebró la Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, y la primera lectura, del Deuteronomio, también llamado

Israel a recordar el Éxodo: cómo Israel fue liberado de la esclavitud en Egipto por el Señor, que había puesto su corazón sobre Su pueblo. Así, recordando los estupendos actos de Dios, que abren la eternidad ante nosotros, revelan siempre el amor divino derramado por nosotros, porque Dios es amor.

En la lectura de hoy el Señor se dirige a Israel como la Casa de Jacob. ¿Qué es la Casa de Jacob? Jacob es el padre de las Doce Tribus de Israel, por lo que la Casa de Jacob es un nombre para a toda la familia de Israel. Jacob, más tarde, también recibió un nuevo nombre por el Señor, el de Israel. Israel significa, Dios persevera, o Dios contiene. Ya ves, el Señor nunca se rinde en su pueblo. En efecto, el Salmo de esta Misa canta: “eterno es su amor misericordioso. Él es fiel de edad en edad”. Así debemos reconocer que es tan importante que vivamos vidas que se centran constantemente, que recordamos los grandes actos de amor eterno que nos concede el Señor; nos purifican.

En el Evangelio, Jesús envía a sus discípulos en misión a la Casa de Israel, que es la Casa de Jacob. La abundancia de milagros que hicieron, con poder dado por el Señor, habría hecho que todo Israel se maravillara de Quién este Jesús era. ¿Quién sino Dios puede curar enfermedades, expulsar espíritus, resucitar a los muertos, limpiar a los leprosos mediante la oración en nombre de Jesús? Sí, Dios persevera, Dios contiene con su pueblo Israel para guiarlos a casa. El pueblo debía centrarse en, recordar con avidez, los actos

salvíficos del Señor, ofrecidos con amor, porque aquí está la vida eterna.

San Pablo, en la lectura de hoy, se ve impulsado a predicar y enseñar sobre el mayor acto de salvación de Dios en la historia del universo: la muerte y resurrección de Jesús de entre los muertos. San Pablo enseña que para abrir nuestros corazones y mentes a estos actos de Jesús pueden, por el don del Espíritu Santo, llenarnos de una confianza gozosa. En la misa, literalmente, festejamos al Hijo vivo Que murió y ahora vive eternamente en el cielo. Aquí, en Jesús, se nos da la memoria viva de la victoria sobre el pecado, la Cruz; nuestra justificación en la Resurrección de Jesús en ese primer domingo de Pascua, y ahora el Señor ascendido, en el cielo. En Jesús, su pasado está presente en este altar y también nuestro eterno futuro en Él. Vivir nuestra vida enraizados en la memoria viva de los actos victoriosos de Dios es el camino al cielo, porque derrama luz celestial, verdad eterna, sobre y dentro de todo. Este El poder de Dios nos transfigura, nos hace santos.

Edith Stein, la monja carmelita llamada Santa Teresa Benedicta de la Cruz, dijo lo siguiente sobre la importancia de vivir vidas centradas en los actos salvíficos de Dios, "lo enteramente confortable estar en casa en el mundo, la satisfacción de placeres que ofrece, la demanda de estos placeres y el consentimiento a estas demandas todo esto que la naturaleza humana considera brillante la vida cotidiana-todo esto

es oscuridad a los ojos de Dios es incompatible con la luz divina. Hay que desarraigarla totalmente si se quiere hacer sitio a Dios en el alma. Satisfacer esta exigencia significa entablar una batalla con propia naturaleza a lo largo de toda la línea, tomando su cruz y entregarse para ser crucificado".

Constantemente, Dios exige que recordemos su pasado viviente actos, que vivimos en ellos a través de los Sacramentos. Dios llama a cada uno de nosotros, como llamó a los Apóstoles, a vivir vidas que encuentra ahora el amor eterno, el amor que se da gratuitamente.

## Capítulo 14

San Pablo enseña que “si no poseyerais el Espíritu de Cristo, no seríais de Él”. Ser cristiano es, pues, en primer lugar, un don espiritual de Dios. La vida cristiana debe desarrollarse a partir de Dios, como escribe san Pablo, “puesto que el Espíritu de Dios ha puesto su morada en vosotros”. Nunca se insistirá bastante en ello. Ser cristiano es nuestra respuesta cotidiana al don del Espíritu increado, que ha sido derramado en lo más profundo de nosotros.

San Agustín de Hipona, Doctor de la Iglesia del siglo IV, hablando de cómo el Espíritu Santo nos hace verdaderamente parte del Cuerpo de Cristo, escribe: “el Espíritu por el que renacemos es el mismo Espíritu por el que él nació. El Espíritu que nos trae la remisión de los pecados es el mismo Espíritu que le dio a él la libertad del pecado”. Así pues, formamos parte del Cuerpo de Cristo por el Espíritu; ¿cómo regamos y cómo cuidamos esa semilla eterna del Espíritu?

Con razón, queremos saber más sobre los dones del Espíritu. El profeta Isaías, hablando del Mesías prometido, escribe: “Saldrá un retoño del tronco de Jesé, y un vástago brotará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor. Y su deleite estará en el temor del Señor”.

Estos siete dones del Espíritu Santo se encontraron en su plenitud

en Jesucristo, y nosotros, como partes, miembros de su Cuerpo, los hemos recibido en el Bautismo y de un modo distinto en la Confirmación. Los dones del Espíritu Santo fueron fundamentales para la vida cristiana concreta desde la época de san Agustín, en el siglo IV, hasta bien entrado el siglo XIII, con la muerte de santo Tomás de Aquino. Pero ellos mismos son parte integrante de la tradición israelita de la “Sabiduría”, que se encuentra en libros como Job, los Salmos, Proverbios y otros.

Estos dones del Espíritu Santo están destinados a ser meditados, explorados; son dones celestiales, que llenan de verdad nuestra peregrinación terrenal. Tan centrales fueron para la vida de la Iglesia, para la vida de los cristianos durante mil años, que muchos de los más grandes teólogos reflexionaron continuamente sobre ellos, y en conjunción con las 7 virtudes teologales y cardinales, con las 7 Bienaventuranzas, y con las 7 peticiones del Padre Nuestro. Estos dones, vividos como respuesta a una apertura continua a la gracia de Jesucristo, prosperaría en el cristiano humilde, manso y dócil. Queridísimos hermanos y hermanas en Jesucristo, todo esto sigue siendo verdad, perennemente importante. ¿Con qué frecuencia pensamos cada uno de nosotros en los dones del Espíritu Santo en nuestra vida cotidiana? Puesto que fueron el centro de la oración, el pensamiento y la vida de tantos grandes santos cristianos, ¿podemos realmente permitirnos el lujo de descuidarlos?

Consideremos la llamada de los dones del Espíritu Santo

comentando cada uno por separado y como una peregrinación global a la santidad, a la felicidad. Los detalles específicos y personales de nuestra singular llamada no salen a la luz hasta que no nos hemos dado cuenta primero de nuestro propio lugar limitado e indigno en la llamada del Señor; podemos ver esto como temor del Señor. Al aceptar que somos parte del Cuerpo de Cristo, un miembro de la familia de Dios, crecemos en piedad, deseando honrar Su amor eterno por nosotros en actos de adoración. Esta piedad lleva a adquirir el hábito de seguir las instrucciones específicas del Padre para vivir una vida piadosa, de ahí que el cristiano crezca en conocimiento. Y esta fidelidad a Dios engendra la fuerza y el valor necesarios para afrontar el mal que inevitablemente se encontrará en la vida; esto es la fortaleza, tan importante. Y la astucia para cambiar ágilmente de estrategias para igualar incluso anticipar las muchas estratagemas del Enemigo, y para ayudar a otros en la misma batalla, es consejo. Cuanto más se participa en esa “guerra espiritual”, más se percibe cómo encajan esos desafíos en el panorama más amplio que es la voluntad de Dios para establecer su reinado en este mundo caído, pues eso es comprensión. Y la última, la sabiduría, se ejercita a medida que vemos más claramente cómo hemos de responder en nuestra vocación única de servir al Señor en nuestras vidas.

Podemos ver cómo los dones del Espíritu Santo son esenciales para vivir una vida verdaderamente buena y santa. El Evangelio de este domingo nos enseña cómo recorreremos esta peregrinación de

purificación y crecimiento espiritual compartiendo el yugo con Jesús; siendo cada vez más conscientes de nuestra necesidad de humildad, ingenuidad, en presencia de Aquel que sufrió, murió y resucitó para destrozar las mentiras de las tinieblas del pecado. Su Espíritu nos da esta nueva vida.

Nuestro Rey vino en un burro, es humilde y acogedor. ¿Somos lo suficientemente humildes para acoger sus dones, los dones del Espíritu Santo, el único que puede guiarnos por esta vida en preparación para la felicidad eterna?

## Capítulo 15

“Por temor a que vean con sus ojos, oigan con sus oídos, comprendan con su corazón, se conviertan y sean sanados por mí”. Jesús, citando a Isaías y como Isaías, se dirige a los hijos de Israel. Jesús deja claro que muchos tienen miedo de ser curados, miedo de convertirse por Él.

Debemos preguntarnos: “¿por qué tantos tienen miedo de ser curados, de convertirse?”. Me pregunto, ¿cuántas veces hablamos entre nosotros de nuestra necesidad de ser sanados y convertidos por el Señor? Muchos se comportan de manera que muestran que confiamos principalmente en nuestros propios avances materiales y técnicos, y en los descubrimientos médicos como el camino más seguro hacia la felicidad. Tanto Isaías como Jesús describen este estado, nuestro estado, como tosco, apagado y cerrado. El Papa San Juan Pablo II, en su Carta Apostólica, *Salvifici Doloris*, está claro en que el sufrimiento del hombre no puede ser curado totalmente por ningún remedio hecho por el hombre.

El hecho de que Jesús tomara en sus labios las palabras de Isaías inmortaliza aún más su importancia, pues Él es el Hijo eterno de Dios. Entonces, ¿qué hay en la raza humana que nos hace tan reacios a ser realmente convertidos y curados por el Señor? El La raíz de toda nuestra ceguera brota del primer pecado histórico, el Pecado Original de nuestros padres. Este ha afectado claramente a toda la familia humana. La Biblia habla de fratricidio entre los

hermanos Caín y Abel; y el asesinato, sin remordimiento, continúa, con el pariente de Caín, Lamec, y así sucesivamente. Así pues, no puede haber un solo ser humano despierto vivo hoy que pueda negar que la familia humana está profundamente necesitada de conversión y sanación.

Y esto es precisamente lo que Jesús ha sido enviado a hacer. ¿Pero vemos cuán radical es este sentido de curación y conversión? En el Evangelio, Jesús dice: “Al que tiene, se le dará más, y tendrá más que suficiente; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene”. Tener, en el sentido de Jesús, es aceptar, vivir en un sentido verdadero, nuestra necesidad “sin peros” de arrepentirnos. Necesitamos reconocer tan claramente como el sol en el cielo o la esfera del reloj del Big Ben que estamos verdaderamente heridos en el corazón, enfermos en la mente. Y que, por tanto, necesitamos un Salvador, un Redentor, el Mesías.

En el momento en que realmente veamos y oigamos con nuestro corazón que estamos heridos por el pecado - el Pecado Original y nuestros propios pecados personales, ese momento se convertirá en la conciencia fundamental de nuestra vida humana, y el centro fundamental de nuestras vidas será Jesús, que es capaz de curar, de convertir, de llenar nuestros corazones y nuestras mentes con su luz del cielo.

Los efectos del pecado hieren el corazón, deterioran nuestro

entendimiento, mancillan el alma, de ahí que no haya actividad nuestra que no esté, de alguna manera, manchada por nuestro pecado. Y así empezamos a ver por qué Jesús es tan fundamental; porque en Él podemos empezar el camino hacia el cielo, porque Él es el Camino. Podemos comenzar el camino hacia una vida sanada y convertida, porque Él es la Vida.

¿Y cómo es que podemos comenzar este camino sanado, esta vida convertida? Por la fe en Jesús, que asumió nuestro pecado como Hijo de Dios. La lectura de Isaías habla de la palabra de Dios que cumple su voluntad. La Palabra que sale de la boca del Señor es Jesús cumpliendo la voluntad del Señor sufriendo, muriendo y resucitando para darnos un corazón de conversión sin compromisos. Recuerda que es también Isaías quien profetiza el Canto del Siervo Sufriente: “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”.

En el Evangelio de san Juan leemos: “En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”. Jesús, el Verbo, la Semilla, cumpliendo la voluntad del Señor, ha nacido en la creación para asumir después la paga del pecado, con su sufrimiento y su muerte, y ofrecernos después, en su resurrección, su Vida resucitada, para que poseamos ya ahora, como escribe san Pablo, las primicias del Espíritu.

Y es el Espíritu quien nos cura y nos convierte; es el mismo Espíritu quien nos enseña que estamos heridos, dañados por el pecado; el Espíritu nos da también la luz del cielo, porque Jesús ha abierto el cielo a la creación. Por tanto, no tengamos miedo de ser curados, de ser convertidos por Jesús. En el momento en que el ladrón crucificado volvió su corazón hacia Jesús y confesó sus pecados, arraigaron la curación y la conversión. Jesús le abrió el cielo. Que renovemos nuestra necesidad de conversión y sanación continuas. Que nuestros corazones sean sanados. Que obedezcamos al Hijo, que es el Camino al Padre, en el Espíritu Santo.

## Capítulo 16

La Oración sobre las Ofrendas mencionará los regalos de Abel. Debemos preguntarnos: “¿por qué en este domingo las oraciones de la Misa mencionan a Abel?”. Creo que parte de la razón de la oración está en las lecturas elegidas para este domingo.

Recordemos la historia entre Caín y Abel del Génesis. Caín y Abel eran hermanos. Ambos recibieron el don de la vida de la misma madre, Eva. Por tanto, podemos decir con razón que compartían lazos profundos. Y estos hombres habrían crecido juntos, más bien como semillas sembradas en el mismo campo, como leemos en el Evangelio.

En el Evangelio leemos cómo la cizaña también se cosía con el trigo. Como se parecen mucho en las primeras etapas de crecimiento, sería imposible eliminar con éxito la cizaña, por lo que habría sido necesario que el trigo y la cizaña crecieran juntos. En tiempos de Jesús, la ley romana castigaba a los que plantaban cizaña con trigo deliberadamente, poniendo en peligro la cosecha del agricultor. Plantarlos juntos era un acto de sabotaje, de maldad.

Jesús, en el Evangelio, enseña que Dios dejará que el bien y el mal coexistan y crezcan juntos hasta el tiempo de la cosecha. Vemos algo de esto en las vidas de Caín y Abel. Ahora, por supuesto, Caín es una creación mucho más compleja y hermosa que una semilla de cizaña. Una semilla de cizaña no posee razón ni brújula moral. Por

eso, en la historia entre Caín y Abel, el Señor desafía a Caín a que haga frente a sus celos y a sus malas intenciones: “El Señor dijo a Caín: “¿Por qué te enfadas, y por qué ha decaído tu semblante? Si haces bien, ¿no serás aceptado? Y si no haces bien, el pecado está agazapado a la puerta; su deseo es para ti, pero debes dominarlo”.

Pero Caín no domina el pecado, y el pecado, que está agazapado a la puerta de su corazón, se apodera de él. San Pablo enseña en Romanos que el Espíritu se nos da a cada uno en nuestra debilidad; siempre se nos da la gracia necesaria para crecer en santidad y rechazar el mal en todo momento. Caín, sin embargo, se niega a escuchar: asesina a su hermano; miente al Señor; se niega a arrepentirse y a asumir su responsabilidad, “¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?”, dice. En esta historia vemos cómo el Señor, nuestro Dios, permite que Caín y Abel crezcan juntos, permite la maldad de Caín.

Jesús, en la parábola, enseña que todo mal será tenido por El Señor. Dios nos dará cuenta, porque al final de los tiempos, en el tiempo de la cosecha, los santos ángeles nos asignarán a todos y cada uno de nosotros a nuestra morada elegida y eterna. Así que la forma en que elegimos vivir tiene consecuencias eternas. Jesús enseña también en el Evangelio de San Mateo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno”. Hemos de vivir con el alma, la mente y el corazón, siempre vueltos hacia

el Señor, porque su justicia, su fuerza y su soberanía son totales, como leemos hoy en la Sabiduría.

La lectura de la Sabiduría también nos enseña que, dado que el Señor, nuestro Dios, es la fuente eterna de todo poder, puede gobernar, y de hecho gobierna, con indulgencia; es benigno en su juicio. Como ninguna acción escapa a su juicio, nos da la oportunidad de volver a Él.

El Señor, tras el atroz pecado de Caín, mostró indulgencia y suavidad de juicio; el Señor dio al asesino la oportunidad de arrepentirse. Una vez más, recuerda cómo San Pablo enseña que el Espíritu se nos da verdaderamente para ayudarnos. Se nos da todo lo que necesitamos para ser santos. ¿Deseamos volvemos hacia la luz en todo, o preferimos la oscuridad y sus muchos matices?

Y Jesús en sus parábolas pone los ejemplos del grano de mostaza y de la levadura; porque con verdadero arrepentimiento y cooperación por nuestra parte con el Señor, la buena semilla crecerá y nos santificaremos; entraremos decididamente en el camino de la perfección, “*Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto*”. Jesús nunca nos pide nada que no sea posible en Él.

El bien y el mal están tan profundamente interconectados; en este mundo son inseparables. Dentro de nuestro propio corazón encontramos el bien y el mal, la oscuridad y la luz. Crecen juntos.

Pero, a la luz de Jesucristo, la conciencia de nuestra propia oscuridad debería incitarnos a adherirnos, aún más, a Jesús. Las malas leyes humanas y la legislación pecaminosa deberían incitarnos a crecer en la eterna e inmutable ley de la luz, desde la cual los ángeles en la cosecha juzgarán a cada uno de nosotros. Pero, también, rezamos para que la buena palabra, la buena acción del humilde humano desafíe a aquellos cuyo comportamiento oscuro o malvado les está alejando del Señor resucitado. Abel tuvo la oportunidad de apartarse del pecado. Que también nosotros crezcamos en el Espíritu y nos convertamos en la buena semilla, el árbol de mostaza, el pan fermentado, para que todos los pueblos se arrepientan.

# Capítulo 17

## **Ser Cristiano es Heroico, No Agradable**

La lectura de Isaías y el Evangelio de este domingo se centran en el sembrador y las semillas que se siembran. A primera vista, todo esto puede parecernos muy sencillo: la semilla se siembra y crece con la ayuda del calor del sol, los nutrientes de la tierra y el agua. Podríamos verlo como una metáfora de la vida espiritual: la semilla de la Palabra se siembra en nuestros corazones, mentes y cuerpos, y con la ayuda de la gracia -luz divina y agua del cielo- crecemos hasta convertirnos en Santos.

Pero esta interpretación es lamentable y engañosamente inadecuada; de hecho, esa metáfora sería profundamente anticristiana.

La vida cristiana no es una vida “bonita”, sino heroica, purificadora, sublime, santa y sacrificada. Hay aspectos de la vida cristiana que parecen dulces y bonitos: pensemos en los niños que hacen la Primera Comunión, o en el recién bautizado envuelto en un manto blanco. Y, sin embargo, estos conmovedores aspectos externos apuntan a un fuego interno de amor sacrificado y sufriente, cuya vida resucitada es capaz de desmantelar victoriOSAMENTE el pecado y la muerte. Y nosotros, cada uno de nosotros, estamos llamados a entrar en esa vida. Tomemos estas líneas de San Juan: “Jesús les respondió: Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no

cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna” (Jn 12,23-25). Estas palabras se dirigen también a cada uno de nosotros.

Así pues, esta semilla, la Palabra de Dios, que se cose en nuestras almas, es el camino, la puerta estrecha (Mt 7, 13-14), por la que nuestros corazones -y esto es una transformación concreta, física (pensemos en cómo la gracia de Jesús tocó físicamente los corazones de los santos Teresa de Jesús y Felipe Neri)- son capaces de gritar con san Pablo: “Pienso que lo que sufrimos en esta vida no puede compararse jamás con la gloria, aún no revelada, que nos espera” (Rm 8, 18).

La semilla que se siembra en nuestros corazones es la vida resucitada del Señor Jesucristo, que padeció, murió y resucitó a la vida eterna. Él trae un resplandor que no es de este mundo (Jn 18:36), es más, Él destroza cualquier falso apego a este mundo. Necesitamos Su luz, para que Él engrandezca aún más Su amor en nosotros. Entonces, ¿cómo responderemos y así viviremos?

## Capítulo 18

La oración colecta, que se escucha al comienzo de la Misa, se llama así porque pretende recoger en una sola oración los pensamientos fundamentales y los temas centrales de las lecturas. La oración colecta es así algo en miniatura, como una perla, algo a partir de lo cual, cuando aplicamos la lupa de la oración y la paciencia, comienzan a crecer ante nuestro corazón inmensas verdades de Dios.

La oración colecta de este domingo pone ante nosotros, en primer lugar, el más allá de lo físico, la existencia espiritual eterna de Dios. Esto es muy importante para vivir una vida verdadera. Significa que nada en este universo tiene fundamento sin Dios; todo fundamento depende de haber sido creado primero y sostenido después por el Dios eterno; por eso, la Oración nos enseña a crecer en la aceptación pacífica de que todas las cosas pasan, menos el Señor. Santa Teresa de Ávila lo expresa así: “Nada te turbe, Nada te espante, Todas las cosas pasan: Dios nunca cambia. La paciencia todo lo alcanza Quien a Dios tiene, nada le falta; Sólo Dios basta”. Entonces debemos preguntarnos: “¿Estamos dispuestos a ver todo en nuestra vida desde esa perspectiva eterna? ¿Vemos eso primero, es ese nuestro fundamento?”.

La oración continúa pidiendo al Señor, que es nuestro soberano y guía, nuestro protector, que “utilicemos los bienes que pasan de tal manera que nos aferremos a los que perduran para siempre”. Así

pues, debemos tener una conciencia cada vez mayor y más profunda de lo eterno en nuestras vidas. Debemos vivir, debemos honrar los bienes de este mundo que pasa, con la mirada puesta en el Reino de los Cielos. Recordemos las palabras del profeta Jeremías: “Oíd esto, pueblo necio e insensato, que tenéis ojos y no veis, que tenéis oídos y no oís”.

Las lecturas de este domingo se centran en nuestra vida cotidiana, con la mirada puesta en el Reino de los Cielos, que es a la vez espiritual y práctica. Salomón, colocado en el trono de Israel probablemente mucho antes de cumplir los veinte años, desea en primer lugar el don de la sabiduría del Señor, que le permitirá gobernar a su pueblo tanto en el ámbito espiritual como en el práctico. Tener la base espiritual necesaria no es negociable. Las Escrituras enseñan que, aunque Salomón comenzó con tal promesa, en sus últimos años prefirió las posesiones a la fidelidad y obediencia al Señor. La ley mosaica prohíbe a los reyes multiplicar los caballos, las esposas, la plata y el oro.

Salomón adquirió significativamente los tres. Vemos, pues, que los dones del Señor hay que cultivarlos: El bautismo es una puerta sagrada y santa, pero el cristiano en ciernes necesita atravesar esa puerta y respirar el aire del Señor puro y resucitado por la forma en que vive, por lo que elige. Por eso son tan importantes los padrinos.

Al hablar del reino eterno de los cielos, Jesús nos da tres

descripciones: el tesoro, la perla, la red de arrastre. El tesoro se descubre por casualidad. Aunque el buscador está realmente abierto al Señor, la parábola enseña que es Dios quien elige el momento perfecto para revelarnos su Reino. Y entonces, una vez que la persona ha descubierto este tesoro más grande, dirige todo lo que tiene, lo que incluye sus pertenencias, a nutrir y cuidar este tesoro. La promesa espiritual del Reino se convierte en el fundamento de la forma en que el buscador vive en el mundo. Esto es muy contrario al comportamiento del rey Salomón.

Una perla es una imagen intrigante del Reino de los Cielos. Las perlas se forman cuando una ostra o un mejillón se defienden de un irritante, un enemigo, que ha entrado en su concha.

El proceso lleva mucho tiempo y requiere perseverancia. Cuando un irritante entra en nuestras vidas, una tentación o prueba espiritual, ¿combatimos la prueba con oraciones implacables y perseverancia espiritual? Una perla es un ejemplo de una prueba que se convierte en algo muy hermoso. Dios puede hacer esto si cooperamos con Él. El buscador de la perla fina es también un hombre diligente y trabajador. Por eso, aunque el buen Dios se revelará a su debido tiempo, el Señor sigue esperando que cada uno de nosotros le busque con gran diligencia y entereza. La última imagen es la red. Jesús ha usado esta parábola antes. Enseña que Él juzgará al final de los tiempos, y sólo hay dos opciones, según cómo vivamos: el cielo o el infierno.

El Reino de los cielos debe ser el objetivo constante de nuestras vidas. Debemos buscarlo con diligencia. Debemos honrar las cosas pasajeras y creadas de este mundo siempre a la luz del reino eterno; debemos, también, estar preparados para esos grandes momentos en los que el Señor nos sorprenderá con sus dones: tesoros, en verdad. Y hemos de acoger Su sabiduría y Su perdón, que pueden transformar nuestras pruebas en perlas; las perlas son hermosas: atraerán a otros hacia el Señor eterno y Su Reino.